

Pilar Cereceda

Atrapando la niebla

- Esta académica del Instituto de Geografía ha dedicado su vida al estudio del desierto con un solo objetivo: darle agua a las comunidades.

NICOLE SAFFIE GUEVARA

Entró a la UC con la idea de ser historiadora, pero a poco andar se enamoró de la geografía. «Me encantaba que me explicaran por qué la montaña había crecido de tal forma y no de otra, responder a todos esos porqués que uno tiene», cuenta Pilar Cereceda. Le gustaba aprender y enseñar. Por eso no se la pensó dos veces cuando, en 1973, le ofrecieron ser profesora a jornada completa.

Ahí siguió los pasos de un grande: el arqueólogo y antropólogo Horacio Larrain. Él fue quien la llevó a descubrir lo que sería su gran pasión: el desierto. «Yo no conocía el norte y llegamos a un pueblo en la quebrada de Tarapacá donde vivían 60 personas. 'Qué vamos a hacer en este peladero', me pregunté». Después de dos semanas no se quería ir. La marcó ver las rocas, la inmensidad, los colores que cambian con el transcurrir del día, pero sobre todo «la precariedad con que vivía la gente y la felicidad que tenían», afirma.

El problema era el mismo en toda la región: la falta de agua. Así empezó la tarea de investigar las zonas áridas, en la que siempre involucró a sus alumnos, varios de ellos hoy profesores del Instituto de Geografía. «Esa generación tenía una gran avidez por hacer investigación y le fascinaba el trabajo en terreno», cuenta. Con ellos instaló un prototipo de atrapanieblas creado por un profesor de Antofagasta: un tambor cortado por la mitad, con dos mil hilos de nylon, que capturaban las gotitas de la camanchaca. En una sola noche juntaron cuatro litros y medio de agua.

Un fondo canadiense de 500 mil dólares les permitió desarrollar la investigación. Un alumno logró abaratar los costos de la estructura utilizando varas de eucalipto, malla raschel y un tubo de PVC. En 1992 instalaron atrapanieblas en un pueblo entero, Chungungo (IV región), dotándolo de agua. «Les cambió la vida. Pudieron tener animales, cultivos y hasta lavadora», recuerda Pilar. La iniciativa fue tan exitosa, que se replicó en lugares tan disímiles como Omán, Namibia y Perú.

El sueño terminó el año 2000, con la instalación de una planta desalinizadora de agua, que llevó a los atrapanieblas al olvido. «Fue muy doloroso, porque había dedicado 20 años a ese proyecto», confiesa. Entonces se centró

en la investigación básica, y así llegó hasta Alto Patache, a 65 km de Iquique, donde se da un fenómeno único: un oasis de niebla.

El lugar, entregado en concesión por el Ministerio de Bienes Nacionales, permitió la creación del Centro del Desierto de Atacama (CDA), del cual fue su directora hasta 2013. Entre los logros destacan los estudios de niebla, medición de temperatura, banco de semillas y

radiación solar; así como el desarrollo de tesis de alumnos nacionales y extranjeros.

Otro hito es el programa medioambiental para escuelas de Ovalle *Un alto en el desierto*, lo que la motivó a trabajar por los niños. De ahí que hoy, ya alejada de las aulas, quiere seguir trabajando por las comunidades, además de dedicarse a sus ocho nietos y a sus otras dos grandes pasiones: las plantas y la fotografía.

